

¿NOCHE DE PAZ?

MARÍA MENÉNDEZ-PONTE CRUZAT

ESCRITORA

Los villancicos nos hablan de "Feliz Navidad", "Noche de Paz", "Alegría, alegría, alegría", y los pasteleros nos inundan de dulces, y las calles se llenan de luces, pero ¿es la Navidad tan idílica como nos la pintan o se ha convertido en un objeto más de consumo? De un tiempo a esta parte, la Navidad, como muchas otras cosas, ha perdido el norte y se ha visto envuelta en esa vorágine consumista que impera hoy en el mundo. De modo que lo que era una fiesta religiosa para celebrar en familia el nacimiento de Jesús en un pesebre se ha convertido en una carrera contrarreloj para acaparar con voracidad comida, juguetes, adornos, ropa, o cualquier objeto que pueda ser empaquetado como regalo para parientes o amigos. Si a eso le añadimos que hoy muchos matrimonios están separados y en estas fechas tienen que "repartirse" a los niños, y que los niños están de vacaciones pero el padre y la madre siguen trabajando, y que, encima, no paran de pedir porque los hemos educado para eso, y que los sueldos no llegan para tanto como se ofrece en el mercado, los conflictos se multiplican como los hongos.

Toca, toca la zambomba

Sí, este es el temido momento en que las sufridas amas de casa (aunque hayamos dado algunos pasos todavía recae sobre nosotras este trabajo) nos convertimos en zambombas que vamos de acá para allá sin dar abasto para tantas canciones como hay que tocar: comprar el árbol, poner el nacimiento, decorar la casa, hacer el disfraz de ángel o pastor para las representaciones de los niños en el colegio, ir a la papelería a comprar los materiales para los objetos navideños que los niños harán esos días, idear menús al gusto de todos solventando el terrible escollo de una subida de precios abusivos, aprovisionarnos de turrón y demás vituallas como si fuera a haber una

No siempre la Navidad es ese tiempo de tranquilidad, ese momento de sosiego para "degustar" la buena charla, la buena compañía y el placer de estar con los nuestros.

A veces, y no es tan raro, traicionamos la esencia de estas fechas...



guerra mundial, pelearnos con el resto de las madres por el juguete de moda que se agota nada más salir, idear regalos baratitos y resultones para media humanidad, escribir montones de tarjetas navideñas, comprar vestidos para Nochebuena y Nochevieja, limpiar la plata que ha ido ennegreciendo desde la última Navidad, frotar las manchas amarillentas que aparecen impenitentemente en el mantel por muy lavado que se guarde...

¡Uf, qué estrés! Si nos diéramos cuenta a tiempo de la que se nos viene encima... Pero el caso es que los seres humanos tendemos a olvidar con mucha facilidad y además somos unos ases en la práctica del autoengaño y además somos unos entusiastas de las fiestas. Por eso no es de extrañar que las afrontemos con muy buenos propósitos, tratando de convencernos de que si el año pasado la Navidad estuvo a punto de llevarnos a la tumba fue por falta de organización, cosa que naturalmente no va a ocurrir este año. Pero ¿cuál es el animal que tropieza dos veces en la misma piedra? (¿y tres y cuatro y cinco?).

Cuando llega el mes de Noviembre las fiestas navideñas aún quedan lejisimos a pesar de que los centros comerciales no

-Cuando llega el mes de Noviembre las fiestas navideñas aún quedan lejisimos a pesar de que los centros comerciales no cesan de recordárnoslas-

cesan de recordárnoslas. Y de pronto, ¡zas!, no se sabe cómo, las tienes ya encima, y te has convertido en la mujer orquesta: "zumba, zúmbale al pandero, toca, toca la zambomba, dale, dale el almirez". Entonces empiezas a generar adrenalina y a sacar toda la mala leche que se va agriando conforme va aumentando el estrés: "Cariño, ¿estás cómodo viendo la tele? Pues se te ha acabado el partido, nos vamos de compras". Él, que se ha dado cuenta de que últimamente eres un cable de alta tensión, se levanta sumiso para evitar la bronca y coge a los niños fingiendo un entusiasmo que está lejos de sentir, quizá porque recuerda vagamente cómo acabaron las compras el año pasado. Pero después de una hora metidos en un atasco con los niños saltando en su cogote y oyendo una sinfonía de bocinas, su paciencia empieza a hacer aguas y suelta suavemente:

"Estos días no se puede ir al centro, cariño, ya lo sabes". Naturalmente su inocuo comentario provoca una subida de voltios en el cable de alta tensión: "Si por mí fuera, me iría a las islas Caimán, pero te recuerdo que hay que comprar el regalo de tu madre y el de tu tía Adelaida y los de todos tus hermanos, que, por si te has olvidado, son cinco, que tiene bemoles, y también te recuerdo que este año te ofreciste a hacer la cena de Nochebuena en casa y...". "Si yo solo he dicho que el centro está imposible en estas fiestas y que habría que preverlo". "Pues si quieres que las compras las haga con la paga de Julio y nos olvidemos de veranear...". "Bueno, vale, no he dicho nada". "Sí, sí que lo has dicho. ¡Y ya estoy harta de...!".

Naturalmente lo que empezó como un ligero viento acaba en una auténtico huracán donde se cruzan comentarios irónicos, reproches e insultos tan afilados como cuchillos. Pero el atasco solo es el aperitivo de lo que les espera en los grandes almacenes, donde no se puede aparcar porque todo el mundo ha tenido la misma idea, ni se puede dar un paso, y encima a los niños se les antoja todo lo que ven y acaban llorando porque no se lo compran y porque están agotados de dar vueltas sin tón ni son, y los dos llegan a casa reventados con un jersey dos tallas mayores que la abuela y una bufanda casi igual a la que le regalaron el año pasado a la tía Adelaida.

Los niños al poder

Claro que ese no va a ser el único conflicto. La mañana de Nochebuena, la sufrida ama de casa descubre que todo el acopio de turrón que había hecho, como



para un batallón, prácticamente ha desaparecido de la despensa, así que el dragón que lleva días forjándose en su interior suelta una descomunal llamarada: "¿Quién diablos se ha comido el turrón que compré?". "Ha sido Javi, se lo toma hasta para desayunar". "¿Y tú qué, que ayer te merendaste una tableta con tu amiguito Rubén?". "Un día me vais a matar", les reprocha la madre amargamente. Pero los niños están demasiado acostumbrados a esa frase como para saber que eso no va a ocurrir. Y encima, la madre, en su indagación, descubre las montañas ingentes de desorden que hay en sus respectivos cuartos y les amenaza con no llevarlos a Cortilandia, un plan que por supuesto harán esa misma tarde, ya que su madre es perro ladrador pero más blanda que una madeja de lana. Y además se empeñará hasta los dientes para comprarles la Play que han pedido porque no van a ser los únicos de su clase que se queden sin ella, eso sí, no sin antes haber discutido de nuevo con su marido porque sus angelitos (en ese preciso instante pasan a ser propiedad exclusiva de ella) son unos malcriados y unos materialistas. Y esa discusión derivará en otra en la que el marido le recuerda a su mujer que a sus hermanos y a él les traían un balón de fútbol para todos con el que se pasaban las vacaciones jugando sin molestar a nadie. Entonces el dragón, harto de llamaradas que no queman a nadie, se convierte en un Tyrannosaurus con unos pinchos súper puntiagudos que le arrancarán al marido la piel a tiras tocándole donde más le duele, o sea, su familia. "¿A tus hermanos me vas a poner de ejemplo, a esos vagos, a esos jetas que encima van de víctimas? Y bla,



bla, bla...". Claro que él no se calla, uno no puede hacerlo cuando le tocan a la familia. "Y ya puestos, ¿por qué no hablamos de lo agradable que nos hace tu madre la comida de Navidad pinchando a todo el mundo?".

¿Y qué culpa tiene el pavo?

Pues sí, también el pavo es culpable por haberse quemado, ¿quién le manda!, y por no estar tan rico como el que hacía su suegra, y por no salir en su defensa mientras todos alaban a aquel de antaño (porque era de corral, alimentado con maíz y cocido en horno de leña) mientras dejan disimuladamente en el plato las partes quemadas. Pero

...el pobre pavo será testigo del pugilato de los padres separados por tener a los niños de su parte comprándolos con regalos desorbitados o del que mantienen las nueras por ver quién le ha hecho el mejor regalo a la suegra, o el de la suegra con la consuegra...

ella todo lo sufre en silencio: los lamparones de grasa que le van cayendo al mantel, las patadas de los niños que están nerviosos ante la llegada de Papá Noel, la velocidad a la que desaparece el turrón que luego aparecerá pegoteado por la moqueta y los sofás, el dolor de riñones porque no ha parado un segundo desde las seis de la mañana... Claro que ese silencio mortificante se convertirá en una sarta de reproches que saltarán como fuegos artificiales en cuanto su familia política haya abandonado la casa.

En otros casos, el pobre pavo será testigo del pugilato de los padres separados por tener a los niños de su parte comprándolos con regalos desorbitados o del que mantienen las nueras por ver quién le ha hecho el mejor regalo a la suegra, o el de la suegra con la consuegra, o será testigo del chantaje de los propios chavales que se aprovechan de su situación para sacar regalos a todo quisqui. Y cada vez más frecuentemente el pavo se desliza por las pistas de esquí, porque da cierto tono social y porque hay que huir de los agobios y porque van fulano y mengano, o bien para que los hijos entablen amistad con los de la novia/o de papá o de mamá, ya se sabe que los viajes ayudan a la conviven-

cia. Y también será testigo de los disgustos que provocan los regalos: porque el juguete carísimo no ha durado ni un asalto, o porque no era lo que habían pedido, o porque a Papa Noel se le han olvidado las pilas, o porque los Clic acaban tan despiezados como el propio pavo. Y encima el desprestigiado ave de granja tiene que soportar que cada año el marisco, que es mucho más caro, le haga la competencia y le haga bajar de categoría. Y los reproches más directos o más sutiles que siguen a las comilonas: "¡Estoy de comer pavo hasta la coronilla!" "¿A que las croquetas son de pavo? Y ya verás, mañana vendrán las empanadillas". "Con lo bien que nos vendría una sopita y unas verduritas...". Claro, el pavo acaba pasando factura porque forma parte de ese consumismo que nos acecha en cada esquina y que se ha llevado a las Antipodas el verdadero espíritu de la Navidad.

Noche de Paz, noche de amor

¿Y no sería más fácil renunciar a ese consumismo que nos provoca tanto estrés y recuperar el auténtico sentido de la Navidad: disfrutar en familia, mirar hacia los que no tienen, trasladar nuestra alegría a los demás...? No es tan difícil, solo hay que cambiar el acento de sitio: en

«Hay que cambiar el acento de sitio: en lugar de salir a comprar como posesos, recurrir a los regalos caseros, detalles hechos por los propios niños con la ayuda de sus padres, que de ese modo pasarán tiempo con sus hijos en lugar de tener que pelearse con el resto de los mortales en un centro comercial.»

lugar de salir a comprar como posesos, recurrir a los regalos caseros, detalles hechos por los propios niños con la ayuda de sus padres, que de ese modo pasarán tiempo con sus hijos en lugar de tener que pelearse con el resto de los mortales en un centro comercial. ¿Qué tipo de detalles?: poemas, un cuento de Navidad escrito e ilustrado por todos, un cuadro, unas fotos divertidas, unos servilletteros, unas velas decoradas, un adorno de Navidad, un villancico compuesto o cantado por ellos, una representación, un baile... Seguro que el destinatario lo agradecerá mucho más que esa corbata que hace el número diez o esa colonia que huele peor que una mofoeta. También las tarjetas navideñas pueden hacerlas los propios niños, ya que además de mantenerlos entretenidos y despertar su creatividad, sentirán que ellos son los artífices de estas fiestas. ¿Y qué decir de los dulces? Sin duda alguna les sabrán mucho más ricos el turrón, el mazapán o los polvorones hechos

por ellos que cualquiera de marca y encima provocará la admiración de toda la familia. Y el pavo no osará quemarse si se siente vigilado por todos y no únicamente por la sufrida ama de casa. Y luego hay que acordarse de que esos días es mucho mejor recurrir al transporte público y no empeñarnos en sacar el coche. Y acordarse del empacho de la anterior Navidad por un exceso de comida. Y tampoco nos vendría mal recordar que uno disfruta tanto o más regalando que siendo regalado, incluso los propios niños, les encanta hacer de Reyes Magos para los que no tienen, aunque a veces nos parezcan tan materialistas. En realidad ellos son lo que nosotros les inculcamos. ■

